

Si capturo al culpable de tanto desastre, lo va a lamentar

Nora Franco*

Estela Ayala Ayala es salvadoreña, tiene 19 años, hija de padres que fueron combatientes del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Nació en plena guerra —desatada entre 1980 y 1992—. Siempre vivió en pueblos del campo y en la actualidad, en Sisiguayo, una comunidad rural del departamento de Usulután.

Paty Farrel es sicoterapeuta y trabajadora social clínica estadounidense. Vivió el conflicto armado salvadoreño de cerca: en zonas de permanentes operativos militares del ejército y de la guerrilla. Regresó a Estados Unidos para especializarse en la atención de traumas de guerra y volvió a ese país centroamericano. Desde 1998 sus pacientes son personas civiles víctimas de la guerra, y entre ellas, jóvenes. Estela y Paty no se conocen.

Después de entrevistar a Estela, más allá de saber que es imposible *transcribir* el llanto que permanentemente ahogó sus palabras —en ningún momento declinó su decisión de continuar hablando de su vida—, me golpeaban sus respuestas no expresadas en relación con aspectos definitivos de su identidad. ¿Bastaba con esperar que los lectores recurrieran a leer *entre líneas*? No descarto la sensibilidad de los que leen estas páginas para comprender, sin mayores explicaciones, que callarse también es una forma de gritar frente al mundo. Aun así, es imprescindible llamar a las cosas por su nombre e identificar el silencio con sus razones y sus consecuencias. Recurrí entonces a Paty Farrel.

Conozco a muchos jóvenes de El Salvador que vivieron impresiones fuertes de la guerra a una muy temprana edad e, incluso, dentro de los vientres de sus madres. Nacieron y crecieron

en situaciones increíbles de caos: masacres, guindas [término local para denominar huida; aquí se refiere a la huida de la población civil ante el hostigamiento militar] bombardeos, muerte de familiares, combates, itinerancias largas, hambre. Experiencias que, acontecidas en una etapa preverbal del desarrollo humano, no permiten tener recuerdos conscientes. Sin embargo, la persona afectada puede tener síntomas claros de trauma sin identificarlos con algo específico. Además, estas afectaciones se presentan cuando las niñas y los niños están en la etapa psicológica de desarrollar el sentido básico de seguridad; consecuentemente, es común vivir después con una extrema inseguridad, más allá de lo que amerita la situación en que se encuentra, y aún más allá del grado de trauma vivido históricamente. El pánico vivido en el ambiente del infante está grabado en su memoria, en su cuerpo, y lo deja vulnerable a reacciones extremas, a traumas en el futuro. Complica bastante el tratamiento el que los jóvenes no puedan darse cuenta de detalles claves de su experiencia.

—Yo sólo sé que nací en una guinda durante la guerra porque mi mami me contó —comienza su relato Estela—, pero nunca me dijo en qué lugar nací.

Nacer en guerra le roba a la persona detalles fundamentales de su identidad. ¿De dónde soy? ¿Cómo explicarlo? Puede ser que el lugar ya no exista porque fue destruido en un bombardeo. ¿Cómo identificar el lugar si la persona nació en una guinda y vivió la primera etapa de su vida en la itinerancia?

—Mi mami se llama Juana Ayala. Cuando yo nací ella estaba peleando porque era combatiente del Frente. No sé mucho más porque ella casi no me cuenta.

—¿Y tú no le preguntas?

—No.

—¿No te interesa?

—No sé. Casi no me gusta hablar de eso... Es que mi mami me dice que ella

sufrió bastante porque...

Cuando yo nací los guerrilleros le dijeron... Parece que le dijeron que... que mejor me matara porque como los niños lloraban... Por eso, creo, mi mami se salió del Frente.

Diversos testimonios tanto de personas civiles como de ex combatientes guerrilleros, tanto en El Salvador como en Guatemala, revelan que cuando el ejército cercaba a determinada población y la gente huía escondiéndose en cuevas, matorrales o donde pudiera, los integrantes de la guerrilla que los acompañaban instaban a las madres a que tapan la boca de sus hijos para evitar que sus llantos revelaran a los soldados el escondite. Muchas veces esta situación de peligro se prolongaba en el tiempo y, cuando finalmente los militares se alejaban del lugar sin descubrirlos, las madres comprobaban que sus niños habían muerto asfixiados.

Hay bastantes casos de duelos de honda conflictividad. Quienes se sintieron obligados a mantener una cara pública de apoyo y lealtad a "la causa revolucionaria" o a la guerrilla, aun en casos de abusos de su parte, viven grandes conflictos internos. Para mantener en alto la moral de los civiles que los apoyaban, la guerrilla orientaba a la gente a no mostrar mucha tristeza frente a la muerte de un ser querido. Una muestra de luto se interpretaba como falta de apoyo al proceso revolucionario. Se le enseñaba a la gente a expresar, más bien, orgullo al tener algún familiar "mártir" por la causa del pueblo. Tal práctica no tiene ningún fundamento psicológico sano. El duelo se supera viviéndolo, entrando en el dolor, con apoyo comunitario y familiar, si es posible.

—Después que nací, mi mami me entregó a mis abuelitos maternos, Petrona y Antonio. Vivíamos en el cantón San Juan Buenavista —departamento de La Libertad, sobre la costa del océano Pacífico—. Ahí también vivía mucha gente que se había

* Periodista argentina radicada en El Salvador. Es una de las dos responsables del proyecto "Año 2000: Memoria Histórica de las Mujeres en América Latina y el Caribe"

desplazado de las zonas de la guerra. En esa casa, además de mis abuelitos, también estaban mi tía Flor y mis primos. Después llegó mi hermanito Ernesto. Es dos años menor que yo.

—¿Y tu mamá?

—Llegaba a veces porque había retomado la militancia con el Frente. Creo que trabajaba con mujeres, algo así. Una vez me enfermé y me llevaron a caballo a una clínica del puerto de La Libertad. Ahí sí llegó mi mami. Vino nomás porque estaba enferma. Yo lloraba, pues sí, porque me quería quedar con ella... Es que estaba tan poco tiempo conmigo. Ahora que tengo más entendimiento me pongo a pensar y la comprendo. Tal vez ella hacía muchos esfuerzos para verme... Pero de eso casi tampoco hablamos... Tengo la suerte, pues sí, de que está viva. Mucha gente perdió a la mamá y al papá y es huérfana, como una compañera del bachillerato que sólo vive con los abuelitos. A sus padres los mataron en la guerra. A veces ella está triste y llora. Me dice que le hace falta su mamá, que yo soy dichosa por tener a la mía. Bien



me acuerdo que esto me dijo el año pasado en el Día de las Madres. Yo comprendo a mi mami y doy gracias a Dios de que no la hayan matado. En cambio, cuando estaba pequeña, aunque quería mucho a mis abuelitos, no entendía eso de que mi mamá no viviera con nosotros.

—¿Qué recuerdas de ese tiempo?

—Y... No sé... Casi nada. Apenas me acuerdo que un día me llevaron al muelle del puerto de La Libertad y vi por primera vez el mar. Bien bonito me pareció, pero también me daba miedo por lo grande y me agarré duro de la mano de mi abuelita. Las tormentas en invierno me gustaban, pero el palo de amate que veía cerca de la casa cuando era de noche y había tormentas, no: era muy grande y se miraba muy oscuro, como que fuera un gran fantasma. Éramos pobres, pero nunca aguantamos hambre. Para mí todo era alegría porque estábamos

lejos de la guerra. Pues sí, yo era ignorante de todo lo que estaba pasando; no me imaginaba lo que sucedía.

Otro detalle fundamental de la identidad de la infancia que nace durante un conflicto armado está dado por haber o no conocido a sus padres. Si el papá o la mamá murieron antes de que el niño pudiera conocerlos, la pregunta será inevitable: ¿Quiénes son mis papás? En muchos casos los jóvenes ni siquiera han visto una foto para, al menos, tener una imagen visual de la persona desconocida.

—¿Cuándo supiste algo de la guerra?

—Cuando supe que a mi papá lo habían matado. Yo estaba pequeña, no sé qué edad tenía.

—¿Lo llegaste a conocer?

—No, nunca lo vi, pero él sí me conoció. Mi mamá me cuenta que por un tiempo ella se salió del Frente, cuando yo nací, pero mi papá no. Ella, siempre que podía, lo iba a ver... hasta que lo mataron, y una vuelta me llevó para que él me conociera. Parece que yo ya hablaba, o tal vez no... Que era muy pequeñita... No sé, no lo sé. La verdad es que no sé nada muy bien. Sé muy poco de mi papá, que trabajaba desde la mañanita hasta las seis de la tarde, que no fumaba, que él me quería mucho, que nos quería mucho a mi hermano y a mí, cosas así, me las contó mi mami, pero casi no hablamos mucho de él tampoco. Dicen que me parezco a una abuelita de mi papá porque tenía los ojos zarcos—claros—, como yo. Tampoco conocí mucho a mi abuela paterna, porque en el tiempo de la guerra ella se fue a Suecia. Después de los Acuerdos de Paz, volvió. La vi dos veces. Me decía que mi papi me quería mucho. Eso, pero nada más. Al poco tiempo ella murió. Mi papá se llamaba Lisandro Ayala. Siempre llegaba gente al cantón San Juan Buenavista comentando sobre la muerte de guerrilleros y así supe también que a mi papá lo habían matado. Nunca supe dónde fue, dónde quedó, nada... Nada.

—¿Tampoco supiste en qué circunstancias lo mataron, si fue en un enfrentamiento con el ejército o...?

—Estem... No.

—¿No le preguntaste a tu mamá?

—No. Mejor no quiero hablar de esto.

La vivencia de la guerra en El Salvador ha creado enormes complicaciones en la elaboración de duelos y se ven muchos casos de duelos congelados. En el caos de la guerra murieron centenares de combatientes del FMLN sin poderlos enterrar. O fueron sepultados a las carreras, como se pudo. La mayor parte de familias de las personas caídas nunca vieron el cadáver, nunca pudieron velar ni sepultar al ser querido ni saben dónde está enterrado. Las familias fueron privadas de esas experiencias claves que tanto ayudan en el proceso de duelo. Hay bastantes familiares de caídos en combate que recibieron noticias de su muerte, pero, por motivos de seguridad, tuvieron que callarlo o negarlo para no estar públicamente identificados con la guerrilla. Duelos aún más complicados son los que se vivieron entre conflictos de lealtades frente a abusos cometidos por la guerrilla. ¿Cómo vivir el duelo una familia de la izquierda cuyo ser querido fue ajusticiado por la guerrilla? Muchas veces no se daban a conocer las circunstancias ni los motivos de los ajusticiamientos. El silencio y el secreto en esos casos es bastante dañino psicológicamente. Crea dudas y confusión. La familia no se siente libre de preguntar, mucho menos de cuestionar. Quizás la guerrilla le recomienda a la familia mantener silencio sobre la muerte para no desprestigiar al movimiento revolucionario. Si no se pueden mencionar ni enfrentar los abusos cometidos por parte de la guerrilla, se construye así impunidad. Familiares enfrentando tales situaciones suelen tener una mezcla de sentimientos que los conflictúan: rabia, culpa, dolor, vergüenza, miedo, confusión. Es psicológicamente paralizante y hace casi imposible elaborar el duelo sin un proceso terapéutico que le ayude a la persona a resolver los complejos conflictos.

—¿Alguien te contó por qué te llamaron Estela?

—No, no sé. Bueno, mi mami me dijo que mi papá lo eligió. Ella quería llamarme Blanca. Entonces me pusieron los dos, Blanca Estela, pero el primero no me gusta y no lo uso. Estela sí. Dicen que tiene que ver con algo del mar, no sé bien qué, pero a mí el mar no me gusta.

—¿Quieres recordar algo más de tu vida con tus abuelos?

—Me parece que después de la firma de los Acuerdos de Paz—1992— fue cuando nos trasladaron al departamento de San Vicente. Como ya había terminado la guerra, decían que teníamos que ir a ese lugar porque para eso habían peleado: para obtener tierras donde viviera la gente. Entonces fuimos al cantón Los Amatitanes—nombre que en ese tiempo se le daba al lugar donde hoy existen dos pueblos: Amatitán Arriba y Amatitán Abajo—, cerquita de donde habían vivido mis abuelitos antes de la guerra. Al principio me pareció un lugar bien feo porque había un montón de huesos; como que eran de gente, aunque me decían que eran de animales, y a mí me daba mucho miedo. Además aullaban los coyotes, porque eso era un gran monte. Sólo un gran miedo sentía.

—¿Supiste por qué había tantos huesos?

—¿Cómo no! Decían que por ahí habían andado los compas peleando. Además, con mi tía Flor íbamos seguidito a ver el lugar donde habían vivido antes y recuerdo que se veían platos quebrados, ropa... sí, ropa medio enterrada, piedras de moler, cosas tiradas de la gente que había vivido ahí. También un montón de cuevas, y mi tía me contaba que ahí se escondían cuando andaban guindeando.

—¿Qué lugar era ése?

—Los cerros de San Pedro, en el mismo departamento de San Vicente. Cuando nosotros íbamos por ahí ya no había nadie, porque la población tuvo que salir huyendo a otros lugares durante la guerra. A mí no me gustaba ir. Sentía mucho miedo. Todo estaba bien montoso, abandonado, y había cruces, muchas, quizás de gente que no pudo salvarse. Ahí quedó y la enterraron. Bastantes cruces eran. Todo el patio de una gran casona estaba lleno de gente enterrada. Bien feo era y me daba miedo. Yo tenía unos ocho años... No recuerdo muy bien.

—¿Ibas a la escuela?

—No, en Los Amatitanes no había escuela. Sólo unas muchachas enseñaban algo, pero yo no iba. No me gustaba. Al principio vivíamos debajo de los árboles. Después hicieron casas de adobe y enra-

mada. Me parece que era la gente del Frente la que nos traía frijoles, arroz, leche, jabón, a veces algo de ropa, esas cosas necesarias, y ahí se cocinaba. Yo ayudaba a traer pichingas—especie de jarros de material plástico—de agua desde el río y a moler el maíz en uno de esos molinos manuales al que hay que darle vueltas, pero era muy duro y quizás dos vueltas le daba. Entonces no ayudaba mucho. Tampoco aprendí a tortiar—hacer tortillas—sino después, cuando nos fuimos de Los Amatitanes.

—¿Por qué se fueron?

—Es que mi mamá se acompañó con el que es hoy mi padrastro. Les dieron tierras aquí, en Sisiguayo, y nos vinimos. Yo tenía nueve años. Me dolió dejar a mis abuelitos, pero quería estar con mi mamá. Me hacía falta. Recién fui por primera vez a la escuela al año siguiente, cuando tenía diez años. No podía leer y estaba bien grande. No me gustaba ir a la escuela, pero mi mamá me exigía que fuera a como diera lugar, aunque llorara. Ya después me gustó. Comencé a aprender, a sacar buenas notas. Le puse más interés al estudio y a querer llegar a bachillerato.

—¿Alguna vez hablaron en la escuela de la guerra?

—No. Bueno, una vez nos dejaron un trabajo para investigar la muerte de monseñor Óscar Romero. Hace poco, en el instituto, la profesora nos pidió investigar sobre el informe de la Comisión de la Verdad. Yo estudié mucho. En ese libro aparecen todas las masacres que hubieron durante la guerra. Después lo hablamos en el aula. Aquí, en Sisiguayo, la mayoría de la gente es militante del Frente y recuerdo que una alumna defendía al gobierno y decía que no podía ser que los demás lo criticaran porque el FMLN también había matado a alcaldes. Pues sí, en el libro se lee eso que ella dijo, pero hay más casos donde dice que el gobierno, los soldados, ¡vaya!, mataron a la población civil, a niños, a gente que no andaba en nada de nada. Se discutió un poco y esa alumna nos dijo que la teníamos que dejar con lo que ella pensaba, que no estaba de acuerdo con nosotros. La profesora nos pidió que no nos peleáramos, que teníamos que estudiar la guerra como un hecho histórico, algo así, no

recuerdo

muy bien, pero la verdad es que casi no se habló mucho.

—¿Tú qué piensas?

—Yo les dije que no estoy por el Frente ni por los soldados, que no defendiendo a nadie. Aunque mi mamá sea del FMLN yo no me considero de ningún partido. Yo digo que la guerra fue muy injusta porque ahí pagaron inocentes, gente inocente. A mí me gusta leer, pero nunca antes había leído algo sobre la guerra. Leía y lloraba, pues sí, porque a uno le dan ganas de llorar, ya que en el libro de la Comisión de la Verdad se describe cómo mataban a la pobre gente, la quemaban... Imaginaba que a mí me lo estuvieran haciendo, imaginaba que pudiera pasar de vuelta... Me da miedo, me da miedo, ¡me da miedo pensar que pudiera ser yo!

—¿Quieres que dejemos de hablar?

—No. También a veces me pongo a pensar si así habrán matado a mi papá, a otros familiares, primos lejanos, pero familia querida al fin, y a mis tres tíos, hermanos de mi papá. De los cinco sólo uno quedó vivo; es lisiado de guerra; se llama Emilio. Así me pongo a pensar porque, pues sí, no sé cómo murieron en la guerra. A veces siento rabia y quisiera que castigaran a quienes mataron a mi papá. Otras veces pienso, no sé... que es mejor olvidar, porque más daño me hace. Por eso digo que no soy de ningún partido, porque, pues sí, se diga lo que se diga, a ninguno le interesa la justicia ni saber quiénes son los culpables.

—¿Y si algún día se descubriera la verdad sobre tu papá?

—No sé. Preferiría no saberlo... No sé. Lo que sí querría saber es algo que todavía no sé, aunque yo creo que es difícil... Querría saber al menos dónde quedó su cuerpo.

Si Estela leyera la obra de Milan Kundera, *La ignorancia*, sospecho que se quedaría clavada en la sentencia que escribe el autor checo: "A nadie le importa un comino dónde van a parar los huesos de un muerto". Pero Estela tampoco conoce a Kundera, todavía. ●